

## CAPÍTULO XLVIII

### Vida y obras de Demóstenes.

Difícil sería encontrar dos hombres que ocupen un lugar igualmente importante en la Historia de la Literatura griega y aun en la de su patria; que hayan nacido al mismo tiempo y muerto en el mismo año, y que simultáneamente hayan vivido y ejercido su influencia en Atenas, sin que á pesar de esto, mediase entre ellos, á lo que parece, relación personal alguna, y entre los que existiera una tan completa diferencia como entre Aristóteles y Demóstenes. Mientras el primero permanece, por decirlo así, alejado de los trascendentales acontecimientos que agitaron su época, ó los contempla como testigo desinteresado y mudo, entregado por entero á sus estudios filosóficos y científicos, es, por el contrario, el más ardiente patriotismo, el exaltado entusiasmo por el engrandecimiento de Atenas, lo que parece constituir el único resorte que da impulso á toda la actividad del segundo.

No entra en nuestro propósito descender á más pormenores en el paralelo entre estos dos hombres igualmente extraordinarios, cada uno en su género; por más que pudiera ser muy instructivo para hacer ver, cómo la diversidad de criterio y aspiraciones pueden producir una oposición de ideas tan completa como la que sin duda existió entre Demóstenes y Aristóteles. No era sólo lo que les separaba la diferencia de convicciones personales ó dependientes de la diversidad de condiciones exteriores, aunque en todo caso igualmente arraigadas y respetables. Entre los dos había un abismo más profundo, á saber: el que mediaba entre el desarrollo anterior del mundo helénico, que á la sazón tocaba á su fin, y el helenismo siguiente y que tan distinto era en sus aspiraciones. Si Aristóteles es el verdadero prototipo de este último, Demóstenes, en cambio, es la personificación de aquella desesperada resistencia de Atenas, donde, no obstante



las mil vicisitudes porque había atravesado, el recuerdo de un pasado glorioso era aún bastante fuerte para decidirla á luchar por la hegemonía contra el poderío macedonio que se alzaba de repente amenazador y terrible.

Los fracasos sufridos por la política de Demóstenes, lejos de aminorar su gloria, han contribuído á abrillantarla. Fuesen cualesquiera las consecuencias de su aparición, indudablemente sin ella habría faltado algo á la grandeza de Atenas; y fué tal su influjo como orador, que no sólo llegó con él á su apogeo la elocuencia ateniense, sino que, al mismo tiempo, tocó también á su término. Mas no es que inmediatamente después de su muerte enmudeciera la tribuna, sino que habiendo variado las condiciones de Atenas, varió también el carácter de la oratoria. La decadencia política de esta República, señala á la par el fin del período de la Literatura denominado ático.

Cuán alto colocó la posteridad á Demóstenes como orador, se desprende de la categórica afirmación de Dionisio de Halicarnaso, de que si Iseo llegó á hacerse célebre—y sin duda, en su opinión debe contársele en el número de los diez grandes oradores áticos—debiólo á haber sido maestro de Demóstenes <sup>1)</sup>. Antes, por consiguiente, de hablar de este último, será forzoso dedicar al primero algunas líneas.

Según unos, *Iseo*, hijo de Diágoras, había nacido en Atenas, mientras que según otros, era su patria Calcis, en la isla de Eubea <sup>2)</sup>. Esto postrero parece ser lo exacto, sin que de aquí haya de inferirse necesariamente que fuera simple meteco en Atenas. Es de todas suertes dudoso, que alguna vez usara de la palabra en asuntos públicos. Los títulos de dos discursos, uno de los cuales parece, por lo demás, apócrifo, no nos permiten inferir conclusión alguna segura sobre este punto <sup>3)</sup>. Sólo en un caso aparece de-

<sup>1)</sup> *Iseus*, c. 1, p. 586: 'Ισαῖος δὲ, ὁ Δημοσθένους καθηγησάμενος καὶ διὰ τοῦτο μάλιστα γενόμενος περιφανής. *Vitae X oratorum*, p. 844, b.

<sup>2)</sup> Dionisio y Suidas se inclinan por Atenas, por la cual, según se infiere de las noticias de Harpocracion, opinaba también Hermipo. Suidas cita además á Demetrio de Magnesia como testimonio en favor de Egina. Según una hipótesis de Schömann, Iseo nació en Egina el año 411 a. Chr., y pertenecía á una familia de colonos que allí se había establecido. Después de la sublevación promovida en la isla de Eubea bajo el gobierno de los Cuatrocientos, habíase trasladado á Atenas, donde obtuvo el derecho de ciudadanía.

<sup>3)</sup> Harpocracion cita tres veces un discurso *περὶ τῶν ἐν Μακεδονίᾳ ῥηθέντων*, y una sola vez otro con el título *κατὰ Μεγαρέων*, añadiendo *εἰ γνήσιος*.

mostrado que hablara en público, y esta vez lo hizo en defensa de sus parientes <sup>4)</sup>. Es tanto más verosímil que Iseo se dedicase á las tareas de simple logógrafo y maestro de Retórica, cuanto que esto explica bien la insuficiencia de las noticias que acerca de él han llegado hasta nosotros. Ya Dionisio de Halicarnaso observa que no se sabía de Iseo otra cosa sino que vivía después de la guerra del Peloponeso y hasta la época de Filipo <sup>5)</sup>. Mas que no era en Atenas una persona en absoluto desconocida, lo demuestra la sátira que el poeta Teopompo se permitió dirigirle en una de sus comedias <sup>6)</sup>, la cual evidentemente aludía á aquello de que también habla Dionisio de Halicarnaso, cuando dice que Iseo gozaba, entre sus contemporáneos, fama de hombre diestro en todo género de ardides y estratagemas. Para demostrarlo, invoca el testimonio de uno de los acusadores de Demóstenes, en el proceso de Harpalo, el cual no había tenido reparo en declarar que si Demóstenes era un modelo de perversidad, debíalo á haber sido educado por Iseo en sus artificios retóricos <sup>7)</sup>.

No parece mucho más segura que la noticia de que Iseo fué discípulo de Isócrates, la de que escuchó las lecciones de los más famosos filósofos de su tiempo <sup>8)</sup>. La vaguedad de esta última versión, revela ya por sí sola el deseo de disimular de alguna manera la falta de datos seguros y fidedignos. Por lo que á Isócrates respecta, no hallamos entre él é Iseo ninguna semejanza; y aunque este último se asemeja mucho más á Lisias, esta analogía no autoriza suficientemente la hipótesis de que fuese discípulo suyo <sup>9)</sup>.

Con el nombre de Iseo conocía la antigüedad sesenta y cinco discursos, de los cuales, sin embargo, sólo cincuenta eran autén-

<sup>4)</sup> En el discurso *Sobre la herencia de Nicóstrato*.

<sup>5)</sup> Schömann, en su edición, *Praef.*, p. V y p. 354, señala como año de su muerte el 351 a. Chr.

<sup>6)</sup> *Vitae X oratorum*, p. 839 y 840.

<sup>7)</sup> *Iseus*, c. 4, p. 591: ἦν δὲ περὶ αὐτοῦ δόξα παρὰ τοῖς τότε γοητείας καὶ ἀπάτης, ὡς δεῖνός ἀνὴρ τεχνιτεῦσαι λόγους ἐπὶ τὰ πονηρότερα καὶ εἰς τοῦτο διεβήλετο· δηλοῖ δὲ τοῦτο τῶν ἀρχαίων τις ῥητόρων ἐν τῇ Δημοσθένους κατηγορίᾳ, Πυθίας, ὡς ἐμοὶ δοκεῖ. πονηρίαν γὰρ τῷ Δημοσθένει καὶ κακίαν τὴν ἐξ ἀνθρώπων πᾶσαν ἐνοικεῖν φήσας καὶ τότε τὸ μέρος ὅλον εἰς διαβολὴν ἐπιτίθεισιν, ὅτι τὸν Ἰσαῖον ὅλον καὶ τὰς τῶν λόγων ἐκείνου τέχνας σεσίτισται.

<sup>8)</sup> Ambas descansan en el testimonio de Hermipo. Véase Dionisio de Halicarnaso, *loc. cit.*, y Suidas.

<sup>9)</sup> *Vitae X oratorum*, y Focio.



ticos á juicio de los críticos. Además de los once que íntegros han llegado hasta nosotros, conocemos los títulos de otros cuarenta. Todos los que aun se conservan, versan sobre herencias, y de aquí que constituyesen una parte de una Colección en que los discursos se hallaban ordenados por asuntos. Por lo demás, como afirma Dionisio <sup>1)</sup>, Iseo sólo escribió discursos forenses, y todos ellos sobre cuestiones de derecho privado.

Los antiguos elogian sobre todo á este orador, por su profundo conocimiento del derecho, al cual unía una agudeza extraordinaria para la investigación y exposición de las pruebas. Dionisio de Halicarnaso nos muestra cuán superior era en este punto Iseo á Lisias, y cómo en lo demás el último aventajaba mucho al primero. En parte, quizá estriba esta superioridad en la índole misma de las cuestiones tratadas por Iseo, donde lo principal es necesariamente los llamados medios externos de prueba, á saber, la deposición de testigos y los preceptos legales. En nuestro concepto, sin embargo, el uso que de ellos hace no siempre es acertado, pues que á veces procura suplir su falta de eficacia, aumentando considerablemente su número. A menudo, como en el discurso *Sobre la herencia de Astifilo*, apela á multitud de testimonios perfectamente insignificantes y pueriles, al paso que no dedica ni una sola palabra al punto en que verdaderamente estriba el litigio, á saber: si el demandante se había conducido como verdadero hermano con Astifilo, cuando ya éste hubo llegado á la adolescencia. La lectura de estos discursos, como la de algunos otros, viene á confirmar la impresión que el mismo Dionisio no pudo menos de sentir; evidentemente no sirven sino para dar apariencias de equidad, á pretensiones más ó menos dudosas. Por otra parte, las conclusiones que de cada caso particular deriva, resultan con frecuencia por extremo forzadas y violentas. ¡Cuán nimio es, por ejemplo, en el discurso antes citado, el argumento con el cual quiere demostrar la falsedad del testamento de Astifilo, esto es: el de que antes de la guerra en que Astifilo perdió la vida, no debió éste hacer testamento alguno, porque en anteriores ocasiones se había abstenido de hacerlo! Es evidente que pruebas como ésta, no predisponen á nadie en favor de aquel en cuya defensa se alegan; antes bien confirman lo que se ha dicho de Iseo al compararle con Lisias, á saber: que Lisias persuadía, aun cuan-

<sup>1)</sup> *Loc. cit.*, c. 20, p. 628: δικανικὸν δὲ ἢ συμβουλευτικὸν οὐκ ἀπολόοιτε λόγους.

do fuese mala la causa que defendiera; mientras que Iseo despertaba desconfianzas y dudas, aun cuando la causa por que abogase fuera la buena <sup>1)</sup>.

Por lo que toca á la dicción de Iseo, demostrada está su radical diferencia de la de Isócrates, pues que ni se distingue por su brillantez, ni revela el amor á las antítesis que caracteriza la escuela isocrática; lejos de esto, su principal mérito está en ser perfectamente apropiada á los asuntos que se ventilan. Su sencillez y naturalidad, sin embargo, están muy lejos de producirnos la impresión que en nuestro ánimo despiertan las bellezas de Lisias á pesar de que tampoco carecen de cierto atractivo. Evidentemente Iseo aspiraba menos á triunfar por la belleza y elegancia de sus discursos, que á persuadir por la fuerza en apariencia incontrastable de sus argumentos. Al mismo tiempo procuraba debilitar de antemano, en lo posible, las pruebas de que pudiera hacer uso su adversario. Pero aun reconociendo toda su habilidad en este punto, no se podrá menos de considerar sus oraciones sino como meros productos de una técnica bien manejada, diestra en el empleo de todo género de recursos, y cuyo carácter, por decirlo así, mecánico, se revela en el uso frecuente de hábiles transiciones y digresiones <sup>2)</sup>. La elocuencia de Iseo nos deja siempre completamente indiferentes y fríos, porque no es otra cosa que la elocuencia del abogado que sólo busca salir adelante con su empeño, sean cualesquiera los medios á que para ello necesite apelar; así es que, aun en pasajes donde parece dar libre vuelo á su fantasía, como en el apóstrofe que forma el epílogo del discurso *Sobre la herencia de Diceógenes*, no satisface el ánimo del oyente. Apenas se le puede calificar de otra manera que de insípido, cuando después de preguntar al acusado si aguarda que los jueces sentencien en su favor por los sacrificios que no ha hecho por la patria; por los servicios militares que, no obstante ser ciudadano de Atenas, no ha prestado, mientras que los olintios y los insulares se hacían matar por ella en los campos de batalla; ó por la conducta que había seguido, prefiriendo, para conseguir una

<sup>1)</sup> *Vita Isaei* a. Schl.: αὕτη δὲ ἦν ἡ διαφορά Λυσίου καὶ Ἰσαίου, ὥστε Λυσίας μὲν (καὶ) ὑπὲρ ἀδίκων ἐπειθε λόγων, Ἰσαῖος δὲ καὶ ὑπὲρ ἀγαθῶν λέγων ἵπποτος ἦν.

<sup>2)</sup> Así el pasaje del discurso *Sobre la herencia de Ciron*, c. 28, se encuentra textualmente reproducido en un fragmento de una oración sobre tutela, citado por Dionisio.



herencia, llevar el nombre de Diceógenes en lugar del de Harmodio, matador del tirano, renunciando de esta suerte á comer en el Pritáneo, á la proedria y á la atelia, sólo exclama para terminar: «¡Además, si á Harmodio y á Aristógiton se tributaron honores, debieronlos no á su progeñe, sino á su abnegación y patriotismo, de los cuales, oh Diceógenes, tú nada tienes!»

Del prolijo trabajo que Dionisio de Halicarnaso ha dedicado á Iseo, bastará con recordar, además de lo que ya dejamos dicho, el paralelo que hace entre Lisias é Iseo, llevado, según costumbre muy generalizada entre los retóricos <sup>1)</sup>, al terreno de las artes plásticas. En opinión de Dionisio, ejercía Lisias una fuerza de atracción semejante á la de los pintores antiguos, cuyo colorido uniforme y sin sombras tenía su verdadero mérito en la delicadeza y corrección del dibujo. Iseo, por el contrario, se asemeja á los pintores modernos, cuyo dibujo revela ciertamente cuidado escaso, pero que merced á la mayor variedad del colorido y á la hábil distribución de luz y sombras, parece mejor ejecutado <sup>2)</sup>. Si, según él mismo confiesa <sup>3)</sup>, en este examen del carácter y cualidades de Iseo, sólo movía á Dionisio la idea de descubrir en aquel orador los gérmenes y fundamentos de la elocuencia de Demóstenes, ocurre preguntar si no concedió excesiva importancia á cosas meramente formales, al paso que no hizo la necesaria cuenta, de la diferencia entre un simple abogado de carácter equívoco, como parece que lo era Iseo, y un hombre como Demóstenes. Es, sin embargo, indudable, que Iseo no alcanzó gran autoridad ni prestigio en la opinión pública. Excepción hecha de un elogio bastante moderado que de él hace Hermógenes <sup>4)</sup>, no encontramos en ningún otro escritor, juicio alguno sobre Iseo; el interés que en época posterior despertaron sus discursos, parece haber sido un interés esencialmente jurídico y legal, como lo demuestran casi todas las citas que de ellos hallamos.

Completamente distinta fué bajo este aspecto la suerte de *De-*

<sup>1)</sup> Véanse los ejemplos en J. Brzoska, *De canone decem oratorum graecorum quaestiones*, Vratislav., 1883, p. 81 y ss.

<sup>2)</sup> *Loc. cit.*, c. 4, p. 591.

<sup>3)</sup> *Loc. cit.*, c. 20: τὸν δὲ δὴ τρίτον, Ἰσαίων, εἴ τις ἔροιστό με τίνος ἕνεκα παράλαβον, Λυσίου δὲ ζηλωτὴν ὄντα, ταῦτα ἂν αὐτῷ φαίην τὴν αἰτίαν, ὅτι μοι δοκεῖ τῆς Δημοσθένους δεινότητος, ἣν οὐδεὶς ἔστιν ὅς οὐ τελειοτάτην ἀπασῶν οἶεται γένεσθαι, τὰ σπέρματα καὶ τὰς ἀρχὰς οὗτος ὁ ἀνὴρ παρασχέειν.

<sup>4)</sup> *De ideis*, 2, 11.

*móstenes*, del cual vamos á hablar con gran detenimiento, pero procurando siempre mantenernos dentro de los límites que nos marcan la índole y fin de la presente obra. Aunque es muy difícil distinguir y separar en todo caso la actividad del estadista de la del orador, esta última es sobre todo la que aquí nos importa y la que más debe interesar al historiador de la Literatura.

Hijo de un padre bien acomodado, de Demóstenes de Peania, demo del Atica, de quien el mismo Esquines no pudo menos de confesar que era hombre noble y honrado, al paso que tilda de traidor á Gilon, abuelo materno de Demóstenes <sup>1)</sup>, nació éste último, según los cálculos más probables, á fines de la 98.<sup>a</sup> Olimpiada, 384 a. Chr. <sup>2)</sup>. Era aún muy niño cuando perdió á su padre, el cual le dejaba heredero de una fortuna, para las necesidades y exigencias de la época, más que suficiente, y cuya base principal constituía la posesión de una fábrica de armas. La codicia con que administraron su patrimonio los tres tutores nombrados por el padre, fué causa de que, al entrar en la mayor edad, el hijo se viera envuelto en larga serie de enmarañados pleitos. Si la tradición es exacta, esta circunstancia fué precisamente la que sobre todo influyó en que Demóstenes se consagrara á la oratoria, obligándole á adquirir lo antes posible las aptitudes necesarias para defender sus propios derechos ante los tribunales. Este y no otro fué tambien el fin que le movió á acudir á Iseo.

Los pormenores que á este extremo se refieren, no son tales que merezcan completo crédito. Ante todo, las noticias que nos han sido transmitidas, son muy contradictorias. Sin embargo, es hasta cierto punto indiferente la circunstancia de que, mientras de una parte se hacen subir nada menos que á 10.000 dracmas los honorarios que se suponen entregados por Demóstenes á Iseo, de otra se asegure que las lecciones de Iseo fueron com-

<sup>1)</sup> Discurso *Contra Ctesifon*, § 171; por lo que respecta al padre de Demóstenes, véase el testimonio de Teopompo, en Plutarco, *Vita Demosthenis*, c. 4. Puede citarse además el segundo discurso de Demóstenes, *Contra Afobo*, § 22: ἐμοῦ μὲν γὰρ εἰ καὶ μήπω πείραν εἰλήφατε, ποῖός τις εἰς ὑμᾶς εἶην, ἐλπίζειν προσήκει μὴ χεῖρω τοῦ πατρὸς ἕσεσθαι.

<sup>2)</sup> No hay para qué descender aquí á quilatar las distintas noticias que hasta nosotros han llegado acerca de la fecha del nacimiento de Demóstenes. Basta con que remitamos al lector á la obra de A. Schäfer, *Demosthenes und seine Zeit*, vol. 3, 2, p. 38 y ss.



pletamente gratuitas <sup>1</sup>). La intención que preside á uno y otro aserto, es bien fácil de conocer. Lo mismo puede decirse de la noticia según la cual Iseo abandonó su propia escuela, para dedicarse por completo á la enseñanza de Demóstenes. Y es que cuanto mayor llegó á ser la admiración de que éste fué objeto por parte de las generaciones posteriores, tanto más natural parecía el que se procurase relacionar íntimamente su avasalladora elocuencia, con circunstancias excepcionales y extraordinarias. Esto explica, así la creencia en que la educación del gran orador había sido la más costosa, como la de que Iseo se había encargado de ella renunciando á toda recompensa y contentándose con el honor de haber sido maestro de Demóstenes. Mas tanto la base de una como la de otra afirmación, es ni más ni menos que el presentimiento de la futura grandeza de Demóstenes, la cual no podía en manera alguna preverse, si es exacto lo que se cuenta acerca de los obstáculos con que en los comienzos de su carrera tuvo que luchar. Además, ambas tradiciones tropiezan con importantes dificultades. Si Demóstenes, según se asegura, formuló su querrela apenas llegado á la mayor edad, es difícil admitir, como necesariamente habría que suponerlo, que hubiera podido antes disponer con tal libertad de su fortuna. Pero ni esto concuerda con sus propias declaraciones, según las cuales los honorarios que debían pagarse á sus maestros les habían sido negados por su tutor Afobo <sup>2</sup>), y mucho menos con el dicho de Esquines, de que Demóstenes había abandonado ridículamente su fortuna, colocándose de esta suerte en situación de descender de la clase de trierarca á la de logógrafo <sup>3</sup>).

Mas sea de ello lo que quiera, es indudable que este litigio fué por lo menos la causa que movió á Demóstenes á hablar por primera vez en público. En la colección de sus oraciones encuéntranse aun cinco, denominadas *Discursos sobre la tutela* (λόγοι ἐπιτροπικοί). Respecto de la mayor ó menor participación que Iseo tu-

<sup>1</sup>) La primera versión se encuentra en las *Vitae X oratorum*, p. 839, e; la segunda en Suidas, *vide*, 'Ισαίος, donde se dice: οὗτος ἐπαινέεται καὶ ὡς ῥήτωρ καὶ ὡς Δημοσθένην ἀμισθὶ προαγαγών. Véase además el pasaje de Plutarco citado en la nota 3 de la pág. 286 del presente tomo.

<sup>2</sup>) *Orat. pr. in Aphobum*, § 46.

<sup>3</sup>) *Discurso Contra Ctesifon*, § 173: ἐκ τριηράρχου λογογράφος ἀνεφάνη, τὰ πατρῷα καταγελάστως προέμενος. Véase el discurso *Contra Timarco*, § 170: ἐπειδὴ τὴν πατρῷαν ἀνήλωσε.

viera en ellos, las opiniones de los críticos antiguos estaban divididas <sup>1</sup>). Es perfectamente cuestionable si la concordancia de algunos pasajes de estos discursos, con otros de Iseo, es fundamento bastante para dar por segura la colaboración del maestro en los ejercicios del discípulo. No pocas veces, lo que en realidad encontramos son repeticiones más ó menos textuales de transiciones y lugares comunes. Si se conservara hoy en día mayor número de discursos de los oradores antiguos, no sería á buen seguro difícil aumentar considerablemente la lista de plagios formada por un escritor posterior <sup>2</sup>). Por lo demás, la semejanza de estas oraciones de Demóstenes con las de Iseo, no sólo se explica en parte por la analogía de los asuntos por uno y otro tratados sino que, por otro lado, nada parece más natural sino que Demóstenes se asimilase el método de exposición de su maestro. Hay que convenir sin embargo, en que aparte de que la impresión despertada por estos discursos es por extremo favorable, lo cual en último término se explica por la profunda simpatía que nos inspira el orador, no se echan de menos en ellos ciertos medios y resortes cuyo empleo revela más bien la sutileza del abogado experto, que la ingenuidad y el candor propios de la juventud. Como ejemplo de esto, puédesse citar el final del segundo discurso *Contra Afobo*. La manera cómo Demóstenes pone en juego el interés personal de los jueces, pues que, según asegura, en el caso de que se le devolviera su patrimonio estaba dispuesto á contribuir de buena voluntad á todas las cargas del Estado, mientras que Afobo procuraría eludir el pago de los impuestos, para evitar la sospecha de que había sido absuelto injustamente, si

<sup>1</sup>) *Vitae X oratorum*, p. 839, e, donde se dice de Iseo: αὐτὸς δὲ καὶ τοὺς ἐπιτροπικούς λόγους συνέταττε τῷ Δημοσθένει, ὡς τινες εἶπον. Libanio, *Vita Demosth.*, c. 3: τοὺς δὲ λόγους τοὺς ἐπιτροπικούς εἰσὶν οἱ φασιν 'Ισαίου καὶ οὐ Δημοσθένους εἶναι, διὰ τὴν ἡλικίαν τοῦ ῥήτορος ἀπιστοῦντες (ὀκτωκαίδεκα γὰρ ἔτων ἦν, ὅτε πρὸς τοῦτους ἠγωνίζετο) καὶ ὅτι δοκοῦσιν οἱ λόγοι τὸ τοῦ 'Ισαίου πως ἐπιφαίνειν εἶδος ἕτεροι δὲ νομίζουσι συντετάχθαι μὲν ὑπὸ Δημοσθένους, διωρθώσθαι δὲ ὑπὸ τοῦ 'Ισαίου, y en el argumento del segundo discurso *Contra Onetoro*.

<sup>2</sup>) Porfirio, en Eusebio, *Praefar. evang.*, 10, p. 466. Entre otros ejemplos allí citados, se encuentra el del discurso de Iseo en el litigio *Sobre la herencia de Cilon*, del cual se halla un pasaje en el segundo discurso de Demóstenes *Contra Onetoro*. Es muy débil la prueba que resulta de que el pasaje en cuestión se halla reproducido también en el *Trapezítico* de Isócrates, como ha observado Porfirio. Véase E. Meier, *De furti litterarii suspitione in poetas et oratores Atticos collata*, en el tomo 2 de sus *OPUSCULA ACADEMICA*.



bien no puede negársele habilidad y sutileza, tiene, para nuestro modo de ver las cosas, algo de ofensiva.

Sin entrar á examinar aquí este litigio, embrollado por subterfugios de todo linaje, nos limitaremos á observar que el resultado definitivo sólo hasta cierto punto fué favorable á Demóstenes; pues habiéndose visto obligado á entrar en transacciones, tuvo que renunciar á la mayor parte de su herencia <sup>1)</sup>. Según el ya citado dicho de Esquines, la situación que estas vicisitudes le crearon, fué causa de que se dedicase al oficio de logógrafo; pero aunque esto fuera cierto, parece además que los ensayos que en la oratoria forense había necesitado hacer cuando apenas contaba veinte años de edad, influyeron muy poderosamente también en que adoptara aquella profesión; cosa tanto más verosímil, si convenimos en que ya en aquella época alimentaba Demóstenes más altas aspiraciones. Como parece haber acontecido á otros contemporáneos suyos, entre los cuales bastará con recordar á Licurgo y á Hipérides, si Demóstenes se consagró á una profesión tenida entonces, particularmente en Atenas, por tan poco honrosa, que, según se infiere así de los preceptos de un retórico de la época, como de numerosos pasajes de los mismos oradores, era cosa general y hasta obligada condenarla y censurarla <sup>2)</sup>, hizo lo porque veía en ella el medio más seguro, no sólo para hacerse orador perfecto, sino también para asegurarse la influencia y prestigio que habían de proporcionarle más tarde la intervención en los negocios públicos.

Cuanto se refiere á la educación y desarrollo de las facultades oratorias de Demóstenes, aparte lo relativo á las enseñanzas que le procurara Iseo, descansa por lo general en noticias sobre cuya exactitud caben más ó menos fundadas dudas. No más verosímil que el que fuese discípulo de Isócrates, es que acudiera á escuchar las lecciones de Platon. Plutarco niega categóricamente lo primero, si bien las razones que para ello alega parecen poco sólidas <sup>3)</sup>. Las noticias que, tomándolas de memorias ó apuntes

<sup>1)</sup> Así, por ejemplo, dice Plutarco, c. 6: ἐκπράξει μὲν οὐδὲ πολλοστὸν ἡδυνήθη μέρος τῶν πατρῶων. Véase Schäfer, vol. I, p. 270 y ss.

<sup>2)</sup> Los preceptos en cuestión se hallan en el cap. XXXVI de la llamada *Retórica á Alejandro*.

<sup>3)</sup> *Vita Demosthenis*, c. 2: ἐχρήσατο δὲ Ἰσαίῳ πρὸς τὸν λόγον ὑφηγητῆ, καίπερ Ἰσοκράτους τότε σχολάζοντος· εἶτε ὡς τινες λέγουσι, τὸν ὠρισμένον μισθὸν Ἰσοκρά-

anónimos, nos trasmite Hermipo, y según las cuales Demóstenes había sido discípulo de Platon y tenía mucho que agradecer á este último, no son menos propias para despertar recelos, que aquella otra que, tomándola de Ctesibio, nos refiere el mismo escritor, á saber: que Demóstenes, ayudado por un cierto Calias de Siracusa y otros, habíasé procurado secretamente las obras sobre arte retórica de Isócrates y Alcidas, y aprendídalas de memoria <sup>1)</sup>. Mas esto que Hermipo, á pesar de su buena voluntad, sólo se aventuró á dar como verosímil, fué para los escritores posteriores cosa perfectamente comprobada <sup>2)</sup>. Por último, la noticia de que Eubúlides de Megara fué también maestro de Demóstenes <sup>3)</sup>, parece descansar en una mala inteligencia de ciertos textos. Según unos, Eubúlides enseñó al gran orador la Dialéctica <sup>4)</sup>, al paso que otros afirman que el retórico megarensis había corregido y mejorado el estilo de las arengas de Demóstenes <sup>5)</sup>. Ni una ni otra versión tienen viso alguno de exactitud; antes bien, el poeta

τει τελέσαι μὴ δυνάμενος, τὰς δέκα μνᾶς, διὰ τὴν ὄρφανίαν· εἶτε μᾶλλον τοῦ Ἰσαίου τὸν λόγον, ὡς δραστήριον καὶ πανούργον ἐπὶ τὴν χρεῖαν ἐπιδεχόμενος.

<sup>1)</sup> Plutarco, *loc. cit.*: Ἑρμιππος δὲ φησὶν ἀδεσπότης ὑπομνήμασιν ἐντυχεῖν, ἐν οἷς ἐγγράφτο τὸν Δημοσθένη συνεσχολακῆναι Πλάτωνι καὶ πλείστον εἰς τοὺς λόγους ὠφελῆσθαι· Κτησιβίου δὲ μέμνηται λέγοντος, παρὰ Καλλίου τοῦ Συρακουσίου καὶ τινῶν ἄλλων τὰς Ἰσοκράτους τέχνας καὶ τὰς Ἀλκιδάμαντος κρύφα λαβόντα τὸν Δημοσθένη καταμαθεῖν. Véanse además las *Vitae X oratorum*, p. 844, c, donde también se habla de los discursos de Zoilo.

<sup>2)</sup> Hay tanto menos motivo para considerar á Ciceron, *Brutus*, 31, 121, y *Orator*, 4, 15, como una excepción en este punto, cuanto que las cartas de Demóstenes á que se remite no son auténticas; al paso que, por otra parte, aventura la idea de que todos los oradores y escritores notables de aquella época habían salido de la escuela de Isócrates.

<sup>3)</sup> Diógenes Laercio, 2, 108: περὶ τούτου (Eubúlides) φησί τις τῶν κωμικῶν·

οὐριστικός δ' Εὐβουλίδης κερατίνας ἐρωτῶν  
καὶ ψευδαλαζόσιν λόγοις τοὺς ῥήτορας κυλίων  
ἀπῆλθ' ἔχων Δημοσθένους τὴν ῥωποπερέδραν.

ἔφκει γὰρ αὐτοῦ καὶ Δημοσθένης ἀκηκοῖναι καὶ ῥωβικώτερος (ῥωπικώτερος es conjetura de Menaje) ὦν παύσασθαι.

<sup>4)</sup> Suidas en el 2. *art.* Δημοσθένης y Apuleyo, *De magia*, c. 15: *Ita ille summus orator cum a Platone philosopho facundiam hausisset, ab Eubulide dialectico argumentationes edidicisset, novissimam pronuntianā congruentiam a speculo petiivit.*

<sup>5)</sup> Además de Diógenes Laercio, el autor de las *Vitae X oratorum*, p. 845, b, el cual hablando de la incorrección con que Demóstenes se expresó al decir Ἀσκληπίος en lugar de Ἀσκληπίος, añade: σχολάσας δὲ Εὐβουλίδη τῷ διαλεκτικῷ Μιλησίῳ ἐπηνωρῶσατο πάντα.



cómico de quien está tomada la noticia, apenas ha pretendido otra cosa que tildar á Eubúlides del mismo defecto de que adolecía Demóstenes en punto á la pronunciación de la r.

Este defecto era uno de los muchos de que se cree adolecía por naturaleza Demóstenes, pero que según cuentan, gracias á extraordinarios esfuerzos consiguió corregir. Lo averiguado é indudable en este punto, es únicamente lo que Demetrio Faléreo había oído referir del mismo Demóstenes <sup>1)</sup>: su pronunciación oscura y difícil, especialmente la de la r, remedióla el orador metiéndose piedrecitas en la boca y ejercitándose de esta suerte en recitar largos períodos <sup>2)</sup>. Asimismo procuraba robustecer la voz, declamando trozos poéticos; y para habituarse á ajustar la mímica á la materia de sus discursos, ensayábase delante de un gran espejo. Lo mismo lo que se cuenta de la complexión naturalmente débil de Demóstenes, que lo que sabemos de las grandes esperanzas que los antiguos cifraban en el orador, parece tan verosímil como la noticia de que Demóstenes utilizó para su profesión los consejos de actores expertos, principalmente de Sátiro. Todos los demás pormenores como el de haberse rasurado la mitad de la cabeza, el haber vivido durante meses enteros en un subterráneo que se contaba entre las maravillas que después enseñaban los guías á los extranjeros en Atenas, lo que se dice de la espada que pendía al lado de su cara para corregirse de un encogimiento involuntario de hombros, y de los ensayos para hacer oír su voz en medio del ruido de las olas: todo esto debe mirarse, si no como pura invención, al menos como poco fidedigno. A medida que Demóstenes iba siendo considerado como verdadero modelo de oradores en las escuelas de Retórica, aumentaba la tendencia á atribuirle rasgos de aquel linaje, á fin de corroborar, con el ejemplo del más famoso representante de la elocuencia ateniense, la conocida máxima de que el orador no nace sino que se hace.

No siendo nuestro propósito examinar detenidamente en este sitio, la actividad de Demóstenes como logógrafo, dejaremos para

<sup>1)</sup> En Plutarco, *Vita Demosthenis*, c. II.

<sup>2)</sup> Lo que Zozimo de Ascalona cuenta en su *Biografía de Demóstenes*, p. 299 de Westermam: οὕτως δὲ τοῦτο ἐπηρωρώσατο, ὡστ' εἰσελθόντα εἰπεῖν τοῖς Ἀθηναίοις ἐκεῖνο τὸ περιφερόμενον ἤκω φέρων ὑμῖν τὸ ρ καταρρητορευμένον, es naturalmente una invención posterior.

más adelante lo que debe observarse sobre esta materia. Hay un punto, sin embargo, que no podemos pasar aquí en silencio, porque él nos sugiere la prueba de cómo la conducta de Demóstenes pudo favorecer la general prevención con que se miraba á los logógrafos. Gracias á la inflexible saña con que Esquines describe el proceder de su adversario, consignando con secreta cruel complacencia no más que lo que podía comprometer su honra, conocemos un suceso que ciertamente en nada le favorece. Refiere Esquines, que Demóstenes había mostrado de antemano al adversario de Formion, el discurso que para este último tenía escrito y que aun se conserva <sup>1)</sup>. Plutarco tiene por indudable la falsía de Demóstenes, si bien, como con gran agudeza ha sospechado un escritor moderno <sup>2)</sup>, fúndase para creerlo así, en el testimonio de otro enemigo personal del orador. Aludiendo éste con tanto ingenio como mala intención al oficio de su padre, acusaba á Demóstenes de haber vendido á ambos contendientes para la lucha, armas salidas de los mismos talleres <sup>3)</sup>. Que la falta de que de esta suerte se le tildaba, no era en absoluto infundada, infiérese del silencio que sobre el particular guarda el mismo Demóstenes. Aun concediendo que fué en gran parte dictada por el odio la afirmación de Esquines de que á consecuencia de este proceder, Demóstenes había perdido su crédito como abogado y resuéltose por ende á consagrarse á la oratoria política <sup>4)</sup>, su conducta sólo puede disculparse en cierto modo, alegando circunstancias atenuantes <sup>5)</sup>.

Es difícil determinar hasta qué punto es exacto que Demóstenes renunciara en absoluto á la profesión de abogado. Con el ya citado testimonio de Esquines, concuerda, por lo demás,

<sup>1)</sup> Sobre la traición de la Embajada, § 165: ἔγραψας λόγον Φορμίῳ τῷ τραπεζίτῃ χρήματα λαβών· τοῦτον ἐξήνεγκας Ἀπολλοδώρῳ τῷ περὶ τοῦ σώματος κρίνοντι Φορμίῳνα. Véase el discurso *Contra Ctesifon*, § 173.

<sup>2)</sup> H. Weil, *Les harangues de Demosthène*, París, 1881, Introducción, p. XI.

<sup>3)</sup> Plutarco, *Vita Demosthenis*, c. 15: ἀτεχνῶς κατὰπερ ἐξ ἐνὸς μαχαιροπωλοῦ, τὰ κατ' ἀλλήλων ἐγγχειρίδια πωλοῦντος αὐτοῦ τοῖς ἀντιδικοῖς.

<sup>4)</sup> Discurso *Contra Ctesifon*, § 173: ἄπιστος δὲ καὶ περὶ ταῦτα (τὸ λογογραφεῖν) δόξας εἶναι καὶ τοὺς λόγους ἐκφέρων τοῖς ἀντιδικοῖς ἀνεπήδησεν ἐπὶ τὸ βῆμα.

<sup>5)</sup> A. Schäfer, *loc. cit.*, vol. I, p. 315, cree que hubo quien intentó mediar en el negocio, á fin de evitar el público escándalo de un litigio entre suegro y yerno. H. Weil, que no considera á Demóstenes como completamente inocente, apunta el hecho de la reconciliación política ocurrida en cierto tiempo entre Demóstenes y Apolodoro; este último era rival de Formion.